

# María de los Ángeles Cano Márquez, para recordar<sup>1</sup>

---

Juan Carlos Celis Ospina

Profesor de la Universidad Nacional, sede Bogotá

**S**eguimos a la espera de la biografía, la novela o la película sobre la mujer que hizo la historia que reclama el presente. La década de los veinte le dio a Colombia la entrada al siglo XX. En ella se cerraron nueve lustros de República Conservadora – “república fósil”, según Baldomero Sanín Cano–. El país había vivido entre cuarteles y conventos. La Universidad de los Estados Unidos de Colombia se cerró. La educación estuvo en manos de curas y mojas; se volvió al centralismo, del cual aun no salimos; y el Estado, en la de militares, patricios y gramáticos.

Sin embargo, en 1919 todo empezó a cambiar. La masacre de los artesanos el 16 de marzo en Bogotá, se inauguro el siglo XX en Colombia. Un siglo corto, que no habría de concluir en el 68 mundial sino entre los acontecimientos del movimiento estudiantil de 1971, pues todo nos llega a destiempo, igualmente nos llegará tarde el reconocimiento de la importancia de los movimientos sociales de los años veinte y el de su más emblemática líder: María Cano.

María levantó su voz de oratoria avasalladora en sus siete giras por el país, junto a obreros y obreras, a artesanos y artesanas, inquilinos e inquilinas, indígenas, negros y negras; alzó su voz contra la pena de muerte y el servicio militar obligatorio; defendió a los presos sociales y políticos y fundó cooperativas, periódicos, bibliotecas populares y círculos de lectura. Ella, junto con el Partido Socialista Revolucionario (PSR), conjuntó los anhelos y reclamos de los subalternos. Por trochas, ríos y carrileras encendió a ese país que dormía de espaldas al mundo.

Si leemos el libro de Carlos Uribe Celis, *Los años veinte en Colombia, ideología y cultura* (1985), no vamos a encontrar ninguna referencia a los movimientos sociales ni al

---

<sup>1</sup> Este texto fue publicado en [Palabras al margen](#), el 12 de diciembre de 2012.

desarrollo de las organizaciones socialistas de la década, pues su centro está en los impactos de la naciente radio, el cine y la aviación; además, se entretiene con el panorama político circunscrito al parlamento –que es leído a través de la prensa liberal– y algunas obras de las principales corrientes literarias y de pensamiento del país. Sí hay una referencia a los socialistas revolucionarios de los años veinte, pero como correlatos de los movimientos latinoamericanos más estudiados de la época, así como su correspondencia con el impacto de los fenómenos internacionales de origen europeo. Pero, aunque la imagen de María Cano descollaba en Colombia, solo la presenta como “el personaje femenino más brillante de la década”, sin ubicarla en un horizonte histórico de mayor calado, ya que para él solo era “un síntoma del ascenso de la mujer en el plano de la vida nacional.”

Quizá Alfonso López Pumarejo le dio a esta mujer un perfil mucho más destacado en carta de abril de 1928, dirigida al director del partido liberal, Nemesio Camacho, en la que se lee: “María Cano nos ha colocado a usted y a mí en una posición muy desahogada. Confesémoslo, nosotros los liberales jamás nos habríamos atrevido a llevar al alma del pueblo la inconformidad con la miseria.”

Pero tampoco la pomposa Nueva Historia de Colombia se preocupó por descifrar a fondo los años veinte, pues a lo sumo menciona –y solo de paso– como antesala de la República Liberal, resaltando algunos prohombres que dominaron la arena política de la época.

Tuvimos que esperar entonces a Mauricio Archila (Cultura e identidad obrera, Colombia 1910-1945, 1991); a María Tila Uribe (Los años escondidos. Sueños y rebeldías en la década del veinte, 1994); a Renán Vega Cantor (Gente muy rebelde: protesta popular y modernización capitalista en Colombia 1909-1929, 2002); y Luz Ángela Núñez (El obrero ilustrado. Prensa obrera y popular en Colombia 1909-1929, 2006) entre otros investigadores, para poder encontrar miradas sobre la radicalidad, la creatividad y la democracia de los movimientos sociales y del socialismo revolucionario de los veinte, oscurecidos durante muchos años.

Esta década se clausuró con la masacre de las bananeras, en la noche del 5 y 6 de diciembre de 1928, y con la stalinización del PSR y su conversión –impuesta desde Moscú– en Partido Comunista Colombiano (PCC) el 17 de julio de 1930. Estos dos acontecimientos

sellaron la doble derrota de obreros y obreras, artesanos y artesanas, campesinos y campesinas, indígenas, inquilinos e inquilinas, afrodescendientes, cooperativistas y sindicalistas; además del marxismo y el anarquismo vivificados por las protestas populares.

La vieja república fósil quiso sepultar con sangre la agitación social, y logró, en parte, disgregar a las organizaciones sociales que se habían articulado alrededor el PSR. Pero, de forma paradójica, aunque fueron los movimientos sociales los que marcaron la diferencia y tomaron la iniciativa para enterrar a la República Conservadora, los beneficiados fueron otros.

También la derrota fue provocada desde las mismas filas rebeldes. Klaus Meschkat y José María Rojas (*Liquidando el pasado*, 2009), en el análisis que hacen de los archivos de la *Comintern* del PSR, nos muestran cómo se le quiso imponer al partido una línea que lo obligaba a pasar por el ritual de la autocrítica, borrando el pasado. En un artículo de Ignacio Torres Giraldo escrito en Berlín y fechado en marzo de 1931, podemos leer: “debemos liquidar todos nuestros errores del pasado si queremos ser dignos de luchar bajo el estandarte del proletariado.” Igualmente encontramos cómo se inculpaban entre sí los dirigentes del PSR por las prácticas de que los acusaba la *Comintern*: putschismo, actitudes pequeñoburguesas y anarcosindicalistas, pecados condenados por Lenin y por el leninismo creado por Stalin.

Sin embargo, entre los dirigentes del PSR, María Cano decidió no inculpar ni denigrar de sus compañeros y amigos. No solo se defendió de las acusaciones de los stalinistas –en carta dirigida a primer secretario del PCC Guillermo Hernández Rodríguez–, sino que además defendió la voz pública de las mujeres: “Entre nosotros se tiene por norma que la mujer no tiene criterio propio, que siempre obra por acto reflejo del cura, del padre o del amigo. Creo haber educado mi criterio lo suficientemente para orientarme” (septiembre, 1930).

De los líderes sociales e intelectuales del PSR, fueron pocos los continuaron en el acartonado y metafísico PCC. La mayoría se fueron a las filas del Partido Liberal para apoyar la trunca Revolución en Marcha, o engrosaron las filas del movimiento populista liderado por Gaitán, quien a diferencia del PSR no se caracterizó por fomentar la autonomía de las organizaciones ni de los movimientos sociales. También en otros países de América Latina,

la stalinización de los partidos socialistas y comunistas, ayudo a crear las condiciones para los distintos populismos.

En nuestra nueva historiografía muchos autores abogan por un mito fundacional del progresismo, o incluso, de la izquierda, en las figuras de López Pumarejo o de Jorge Eliécer Gaitán. Igualmente, entre las izquierdas de nuestro país, pocos son los que colocan a María Cano y a sus camaradas del PSR en primer lugar. Ahora, ni que hablar del PCC o de las FARC, que aún los consideran como anarcosindicalistas, pequeño- burgueses e insurreccionalistas.

Es por todo esto que las mujeres no tuvieron una figuración política importante durante la República Liberal, de que los movimientos sociales autónomos no reaparecieran sino hasta la década los sesenta, y de que María Cano muriera en 1967 sin que estos últimos la rememoraran.

Pero, como la memoria de los derrotados es la de la historia que pudo ser, es posible imaginar una biografía de La Cano políticamente incorrecta. Una historia que deshaga el informe burocrático escrito por Ignacio Torres Giraldo, *María Cano, mujer rebelde* (1972), y complete la apasionante semblanza de Mario Arango Jaramillo, *María Cano, flor eterna, siempreviva* (2001).

Es posible, creo yo, que, entre los vacíos de los archivos, propios del país del olvido, se narre una novela en la que el juego de las pasiones de esta mujer y de su compañero de luchas y de ruta (Ignacio Torres Giraldo) –está por rescatar su epistolario y un diario de María amenazado por los ratones–, ponga en primer plano las contradicciones, ambigüedades, oscuridades, decisiones, luchas, amores, y esplendores de unas vidas hechas a contracorriente.

Es quizá este el momento de pedirle a la bonanza cinematográfica nacional, una película sobre María, que a diferencia de la de Camila Loboguerrero (*María Cano*, 1990), pinte una imagen de la mujer que se forma en una sociedad patriarcal, dominada por una moral pública clerical, en la que las mujeres no tenían posibilidades de ingresar ni siquiera al bachillerato, en donde la rebeldía se cocía entre la masonería y el espiritismo.

¿Acaso no será el momento de reflexionar sobre el recuerdo y sobre la historia de los de abajo, para reconstruir nuestra historia nacional y darle un nuevo aliento a la rebeldía?